

ARCHIVO VALLEJO

Revista de Investigación del Centro de Estudios Vallejanos

Vol. 1, n.º 1, enero-junio, 2018, 115-134

ISSN: 2663-9254 (En línea)

DOI: 10.31381/archivoVallejo.v1n1.5143

La obra poética de César Vallejo y la crítica de su tiempo (1911-1923)

Cesar Vallejo's poetry works and the criticism from his time (1911-1923)

JORGE LUIS KISHIMOTO YOSHIMURA

Centro de Estudios Vallejanos

jorgekishimoto@yahoo.com



RESUMEN

César Vallejo nunca fue un desconocido. Desde que empezó a publicar sus textos generó, inmediatamente, una reacción importante en la crítica literaria de su tiempo. Se puede decir que fue un poeta conocido, tal vez el más exitoso de nuestros poetas. La leyenda hablaría, luego, de una gran indiferencia de la crítica frente a su obra poética, pero definitivamente eso no es tan cierto. Las huellas del poeta durante su permanencia en el Perú indican todo lo contrario, como veremos a continuación.

Palabras clave: César Vallejo, crítica literaria, poesía peruana.

ABSTRACT

Cesar Vallejo was never unknown. Since the beginning of his publications, he generated immediately an important reaction in the literary criticism from his time. He was a well-known poet, perhaps

the most successful of our poets. According to some, there was a great indifference of criticism against his poetic works, but definitely that is not so true. His marks during his tenure in Peru indicate he was known, as it is shown below.

Keywords: Cesar Vallejo, literary criticism, Peruvian poetry.

Recibido: 27/04/18 Aceptado: 25/05/18 Publicado *online*: 31/08/18

LOS INICIOS

Según sostienen algunos familiares y amigos de Vallejo, este comenzó a escribir desde muy joven, pero lamentablemente no quedan copias de esas primeras composiciones. Solo hay una referencia oral recogida por Francisco Izquierdo en su libro *César Vallejo y su tierra* en la que señala que, por el año 1908, un amigo de colegio del poeta, Federico Abril Acevedo, le pidió a Vallejo que escribiese un poema con la palabra «floripondio». «César, casi sin demora, pasándose la mano por la melena, recitó: Hay una flor floripondio, / de olor y sabor muy rico; / pero no asqueroso ni hediondo / como Abril Federico». Abril señaló, entonces, que hediondo no rimaba con floripondio, a lo que el poeta contestó: Eso qué importa. El hecho es que tú eres un hediondo» (Izquierdo 1972: 144).

A finales de 1911, luego de trabajar casi medio año como preceptor de los hijos del hacendado Domingo Sotil, en la ciudad de Cerro de Pasco, Vallejo decide enviar un soneto al semanario *El Minero Ilustrado*, que lo publica el 6 de diciembre de 1911 con el título de «Soneto». Este viene a ser el primer poema que publica Vallejo. Al mismo tiempo decide enviar un soneto acróstico a la revista *Variedades* de Lima. El texto es publicado en la sección «Correo Franco», en el número correspondiente al 9 de diciembre de 1911, acompañado de un comentario totalmente desfavorable de Clemente Palma, quien dice que «el soneto es tan malo que empavaría no solo a una pilar sino a una columna del Senado». Un segundo poema le publica *El Minero Ilustrado*, el 27 de marzo de 1912, con el título «Vida e ideal».

Posteriormente, entre los años 1913 y 1914, el poeta publica una serie de poemas didácticos en la revista *Cultura Infantil* (Órgano del Centro Escolar 241 de Trujillo). Estas primeras composiciones le sirven para complementar la enseñanza del curso de Ciencias Naturales que entonces dictaba en ese centro escolar.

Hasta ese momento, los poemas de Vallejo le sirvieron de apoyo didáctico, pero él tenía una serie de poemas que estaban mejor elaborados y quería la opinión de un experto, y es ahí donde decide visitar a Antenor Orrego, a finales de 1915, en la redacción

de *La Reforma* de Trujillo, llevándole una serie de composiciones que denotaban una influencia de escritores del Siglo de Oro, del romanticismo y modernismo, para recabar su opinión. Citado para una semana después Orrego emocionado le comunicó que había en él

la posibilidad de un poeta extraordinario, pero, a condición de que te esfuerces por alcanzar la fuente más auténtica de tu espíritu. Luego, debes expresar lo que allí encuentres por alcanzar la fuente más auténtica de tu espíritu. Luego, debes expresar lo que allí encuentres con tu propio y más genuino estilo personal que tienes que crearlo, porque traes algo que es absolutamente nuevo (2018: 127-128).

Añade Orrego que, a continuación, escogió del conjunto el poema «Aldeana» y algunos otros que contenían expresiones «que, a mi juicio, revelaban con más claridad el sentimiento de su obra futura» (2018: 128).

El poema «Aldeana» se publica el 1 de enero de 1916 en *La Reforma* de Trujillo, y lleva el primer comentario favorable sobre la poesía de Vallejo, escrito por Orrego, en donde nos dice:

Esta poesía es una revelación y una promesa. Cuando la leímos el alma vibró en una cálida exaltación de entusiasmos. En medio de la arrastrada ramplonería de nuestro ambiente vulgar una valiente audacia juvenil, una breve gotita de luz, saben a gloria. Hay aciertos como aquello de «el aire derrama la fragancia rural de sus angustias» que demuestran seguro talento de expresión (Fernández y Gianuzzi 2009: 18).

El poema se publicó en el semanario *Balnearios* de Barranco, en Lima, el 9 de enero de 1916 y fue su presentación ante la intelectualidad limeña. Asimismo, se reprodujo en el diario *El Liberal* de Bogotá, Colombia, el 6 de febrero del mismo año iniciando su proyección internacional.

Orrego nos cuenta que a finales de enero recibió una carta de Vallejo, fechada en Santiago de Chuco, en donde le expresa:

No puedes imaginar el efecto prolífico, la resonancia creadora que ha tenido en mi espíritu nuestra última entrevista. Tus palabras han sido como un *fiat lux* que arrancaran del abismo algo que se debatía oscuramente en mi ser y que pugnaba por nacer y alcanzar la vida. Cosas así no pueden agradecerse con palabras. Están más allá de todo servicio, socorro o asistencia habituales. Diré que son cosas del destino para decir algo vago sobre lo inexplicable. Ahora ya sé lo que soy sin poderlo expresar; sin embargo, se han desvanecido todas mis vacilaciones y marcharé seguro de mí mismo contra todas las negaciones, «contra todas las contras» (Orrego 2018: 129).

«Aldeana» es el primer poema que Vallejo publica de *Los heraldos negros* y parece que fue muy significativo para él, ya que en la publicación del libro el poema no sufre variantes, como sí sucedió en la mayoría de los otros poemas.

Orrego vuelve a escribir un comentario breve sobre la poesía de Vallejo en la publicación del poema «Fiestas aldeanas», en *La Reforma*, el 28 de julio de 1916, y que en *Los heraldos negros* aparece con el título de «Terceto autóctono» y nos dice: «La emoción rural, la agreste sencillez aldeana, el fervor lírico ante el paisaje, la visión personal, imágenes y expresiones audaces» (2018: 36).

El 12 de octubre de 1916, con ocasión de celebrarse el Día de la Raza, el Centro Universitario de Trujillo organizó una actuación en el Auditorio General de la Universidad, en la que tomó parte César Vallejo. Al día siguiente, José Eulogio Garrido escribió en *La Industria* el siguiente comentario:

el estudiante universitario y prestigioso intelectual César Vallejo recibió una composición suya que es un canto a la América. Versos sonoros de fibra, policromos y de un lirismo rotundo, los de Vallejo marcan un progreso sensible en nuestro ambiente; señalan una orientación, traen una brisa de modernidad, de renovación. En el canto a América se acentúa la originalidad de expresión que ha hecho del joven poeta dueño de una manera suya propia en que, si hay reminiscencias ligeras del raro Reissing, su temperamento

poético, fuerte y algo sombrío, lo ha hecho inconfundible. Es un novicio casi, pero en él se apunta preciosa promesa.

Antenor Orrego, en *La Reforma*, publicada el 13 de octubre, señaló: «El poeta César Vallejo declamó con acento viril y emocionado su composición a América Latina. Tuvo imágenes audaces, magníficas algunas: expresiones atrevidas, fervorosas y brillantes. Fue un resonante triunfo juvenil» (2018: 41).

Por estos días, el poeta Juan Parra del Riego visitó la ciudad de Trujillo y se llevó una grata impresión de un grupo de jóvenes intelectuales a los que bautizó con el nombre de «Bohemia de Trujillo». Luego, en Lima, escribió un artículo que se publicó en el semanario *Balnearios* de Chorrillos, Barranco y Miraflores, el 22 de octubre de 1916, en el que destaca las virtudes de cada uno de los integrantes de la Bohemia de Trujillo y, refiriéndose especialmente a César Vallejo señala que:

es más hondo y con más inquieta celebración y anchura en el miraje, es paisajista sentimental y sugeridor. Casi por todos sus versos se nota el paso de aquel poeta que tenía vestida de ave del paraíso la emoción de Julio Herrera y Reissig. Pero yo creo que se le puede poner en la frente una violeta de aquellas que con hojas de hiedra coronaban a Alcibiades, cuando comparaba el discurso de Sócrates a la flauta del sátiro Marsyas, ebrio de fervor y de vino en aquel divino banquete platónico, al que fue preciosista de este verso: «¡un nido azul de alondras que mueren al nacer!».

Estas líneas de Parra del Riego vendrían a profundizar quién era César Vallejo ante los intelectuales limeños, quienes leían los poemas del vate peruano en el semanario *Balnearios* y después en el diario *El Tiempo* de Lima.

En 1917, el florecimiento de la Bohemia de Trujillo genera una reacción hostil contra ellos de cierto sector de la sociedad, en especial contra el poeta. Y es bajo este marco que se entablará una polémica en torno a la poesía vallejana. Alcides Spelucín, al regresar de un viaje

a Lima, trae a sus amigos, en calidad de primicia, *La canción de las figuras* de José María Eguren. Este libro es leído con admiración en la casa de Orrego. A raíz de esto, Vallejo, impresionado, escribe al autor felicitándole y enviándole poemas suyos. Eguren contesta dicha carta. Esta respuesta es publicada a pedido de los amigos de César en *La Reforma* de Trujillo, el 21 de julio de 1917, acompañada de una nota de Antenor Orrego, que dice:

Con íntimo alborozo espiritual, como un triunfo que es nuestro, publicamos la carta que el gran poeta José María Eguren dirige a César Vallejo, con motivo de haberle enviado este algunos versos suyos. Las altas y generosas palabras de Eguren tienen especial significación, tratándose como se trata de un poeta que ha realizado una admirable y excelsa labor literaria en el Perú. Parte de este triunfo nos pertenece, porque fue en *La Reforma* donde César Vallejo hizo las primeras revelaciones dolorosas de su talento. Aún recordamos el efusivo calor con que estrechamos la mano del joven poeta, al entregarnos el primer original de sus versos, que denunciaban ya desde entonces una poderosa y fuerte individualidad literaria (2018: 43).

En la carta Eguren señala que los versos de Vallejo «le han parecido admirables, por la riqueza musical e imaginativa y por su profundidad dolorosa». Añade que «conocía algunas composiciones de su pluma, habiendo preguntado por usted, en más de una ocasión; con el sentimiento de no haber practicado la prosa, pues sus poesías se prestan para un estudio maestro» (Eguren citado en Orrego 2018: 43).

Para el ambiente cultural trujillano de aquellos días resultó doloroso el comentario que hizo Eguren de la personalidad de Vallejo y, con rotunda ignorancia, no solo se contentó con negar su autenticidad, sino que además hizo uso de la grosería y el vituperio para expresar su rechazo. El foco de incitación estaba en el estudio del abogado Ignacio Meave, quien a la vez era catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad de Trujillo. Este estudio fue bautizado con el nombre del «mentidero público» por los estudiantes de la universidad. Este grupo

contó con el apoyo de dos medios de comunicación: *La Industria* y *La Opinión Pública*.

Los del «mentidero» publicaron, el 25 de julio de 1917, en el diario *La Industria*, un artículo titulado «La justicia de Jehová», firmado por J. V. P. (Julio Víctor Pacheco). Se trata de un ataque furibundo a César Vallejo y a sus compañeros de grupo. En una de esas partes, refiriéndose al poeta, manifiesta:

No te han dicho Dios Eterno que entre esos malhechores hay uno que dice ser un incomprendido de los necios; que cuando habla sacude la cabeza para imitar a Mirón cuando sacude la frente fiera; y que usa su melena anónima por cuenta mía [...] (que) quiere también ser panadero y llevar en su corazón un horno para cocinar pedacitos de pan fresco; quiere vivir tocando todas las puertas como si no existiese policía y vecinos del mal genio; y por último, con la mayor desfachatez declara en un diario *La Reforma* que sus huesos no son suyos, que son ajenos y que él es un ladrón. Y como si no fuera suficiente el muy desvergonzado se hace el mentecato y pregunta: ¿A dónde iré? Como si todo el mundo no supiese que allá en Trujillo hay una «Cárcel Central del Norte» con tan tamaña puertaza para que por ella entren los escandalosos y todos los ladrones.

Vallejo y sus amigos estaban ese 25 de julio en casa de Antenor Orrego, cuando alguien trajo *La Industria* con la novedad de que había un artículo que atacaba al grupo y sobre todo al poeta (Espejo 1965: 51). En respuesta, Orrego y Garrido publican al día siguiente artículos en defensa de Vallejo. El texto de Orrego aparece en *La Reforma*, con el mismo título que le puso Julio Víctor Pacheco al suyo, o sea, «La justicia de Jehová»; en él señala:

Mientras César Vallejo recibe el aplauso de poetas como Eguren y sus versos se reproducen en los periódicos de Lima y el extranjero, en Trujillo, un escritor anónimo, crítico de gramática y frases aisladas a la manera de Antonio Balbuena, de Casares y Fray Candil, desprovisto de toda cultura literaria, enemigo por incapacidad

mental de toda selección de espíritu, ataca con pedantería de dómine a Vallejo y a los pocos que aquí se esfuerzan por hacer obra realmente meritoria (Orrego 2018: 47-48).

El artículo de José Eulogio Garrido, por su parte, aparece en *La Industria*, pero utiliza un seudónimo (Jean Clair), ya que él era redactor de ese diario. El título del texto es «Bienaventurados» y, refiriéndose a Vallejo, dice: «Y el de la “melena anónima” se ha retirado, es verdad hasta su chiribitil, pero a componer un santo con el que consagrará al nuevo y portentoso escritor». Este mismo día empieza su campaña contra Vallejo *La Opinión Pública*, con un artículo contra el vate peruano titulado «El pan nuestro». Versos de César A. Vallejo, dedicados a Alejandro Gamboa y firmado por «El amigo de Chocano» en el que señala: «No es posible tolerar que un joven universitario, como César A. Vallejo, contando con la bonachonería de los de *La Reforma* estampe en las columnas de este periódico versos que están en completa guerra con el buen gusto literario» (Fernández y Gianuzzi 2009: 71).

En respuesta al artículo de Garrido, en *La Opinión Pública* publican un artículo con el título «Dos palabras a Jean Clair», el 31 de julio, y en el que comentan que «Nosotros no queremos llenarnos la boca y gritar a los cuatro vientos que César Vallejo es una vulgaridad poética o no. Pero sí queremos preguntar ¿quiénes lo defienden; quiénes lo miman; quiénes lo elevan? —Conocidos son: los del círculo! Y los del círculo son autoridades?» y lo firman «Aprendices universitarios» (Fernández y Gianuzzi 2009: 86-87).

Los ataques continuaron y se vejó al poeta en todos los tonos. Se llegó hasta la injuria personal y el insulto e, incluso, se le agredió físicamente, tal como cuenta Antenor Orrego:

Una noche se confabularon en pandilla y le agredieron a mansalva, tijera en mano. Intentaron cercenarle la cabellera, suponiendo posiblemente que allí residía el secreto de su potente y lírica fuerza. El poeta se defendió con denuedo varonil y, por fortuna, pronto acudieron en su ayuda algunos amigos y, junto con ellos, repelió el ataque (2018: 137).

Esto se puede comprobar con una nota aparecida en *La Opinión Pública* el 4 de agosto, que incita a este ataque:

Se dice que, así como el histórico Sansón de la leyenda bíblica, poseía el secreto de sus enormes fuerzas en la largura de sus cabellos; así el poeta Vallejo posee el secreto de su gran inspiración en lo abultado de su formidable peluca. Pero al mismo tiempo se agrega de que a Sansón se le aumentaban las fuerzas con el crecimiento del cabello, a Vallejo se le agranda la fealdad, ridiculez de sus versos cuanto más grande lleva la peluca (Fernández y Gianuzzi 2009: 87).

El 8 de agosto se publica en *La Industria* otro artículo del «mentidero público» con el título «El simbolismo de Vallejo», donde insisten con sus burlas. Lo firman con el seudónimo Lloque va. La respuesta no se deja esperar, pues Orrego, muy indignado, escribe el artículo «Un crítico simbolista», que se publica en *La Reforma* al día siguiente. En dicho texto, trae abajo los argumentos esgrimidos por los inquisidores de Vallejo. Pero los del mentidero publican «AMOR. Soneto de César A. Vallejo», en *La Opinión Pública*, con la firma de «El amigo de Chocano», el 9 de agosto, e indican que «Por lo visto, don César A. se ha propuesto emborronar la digestión de los lectores de *La Reforma* publicando en este periódico sus versos que no son versos —en la amplia acepción de la palabra— sino un revuelto de palabras sin sentido que nadie entiende y que más parecen el producto, a todas luces, de una mentalidad semi-extraviada» (Fernández y Gianuzzi 2009: 90).

A la defensa del poeta se suma Federico Esquerre, quien publica el 11 de agosto, en *La Reforma*, el artículo «Los versos de César Vallejo y los Zoilos», en donde habla sobre la función de la crítica y la diferencia entre poesía y versificación, y termina diciendo: «No cabe duda, los que creemos que Vallejo es un poeta sufrimos un grave error, engaño que parece un mal contagioso porque se propaga extramuros. Los periódicos de Lima en sus páginas literarias reproducen sus versos y los hemos visto también insertos en diarios como *El Liberal* de Bogotá. Y todo hace creer que el mal seguirá extendiéndose».

Queriendo desprestigiar el artículo de Esquerre, «El amigo de Chocano» publica en *La Opinión Pública*, el 18 de agosto, el artículo «Un sabio más en discordia» y señala que «De entre el grupillo de sabios que rodean y aplauden los partos literarios del señor Vallejo ha salido a la palestra, con la pluma en ristre, en defensa de este, el señor Esquerre Cedrón; y en un largo artículo publicado en *La Reforma* del 11 del presente, ha querido probarnos... ¿qué?... que es erudito... Nada más que esto» (Fernández y Gianuzzi 2009: 96).

Para reforzar su campaña contra la poesía de Vallejo, uno de los miembros del «mentidero» tomó unos versos de Vallejo, publicados en *La Reforma*, y los envió a la revista *Varietades*, de Lima. Los versos llevaban las iniciales C. A. V. Al respecto conocemos la opinión de Clemente Palma muy difundida por los estudiosos de Vallejo, que fue publicada en su revista el 22 de septiembre de 1917 y que terminara con estas palabras: «Hasta el momento de largar al canasto su mamarracho, no tenemos de usted otra idea sino la deshonra de la colectividad trujillana, y de que si se descubriera su nombre, el vecindario le echaría lazo y lo amarraría en calidad de durmiente en la línea del ferrocarril a Malabrigo».

Las opiniones de Palma se esgrimieron como bandera de victoria por los detractores del poeta. Se las comentó en todas las formas. Los versos de Vallejo quedaban, según ellos, liquidados definitivamente como poesía.

Los ataques furibundos de un sector de la prensa, las agresiones personales que recibió y una ruptura amorosa, que causó mucho dolor a Vallejo, influyeron drásticamente en el estado de ánimo del poeta. Bajo estas difíciles circunstancias, decide dejar ese ambiente asfixiante de Trujillo y buscar nuevos horizontes. Abandona sus estudios de Derecho, y el 27 de diciembre de 1917 se embarca en el vapor Ucayali con destino al Callao.

En Lima entabla amistad con Abraham Valdelomar, a quien visita en la redacción de la revista *Mundo Limeño*. El Conde de Lemos conocía ya algunas composiciones de Vallejo y, por esa razón, lo invita a publicar en su revista. En el número 18 de *Mundo Limeño*, de diciembre de

1917, aparece el poema «Ausente», el cual es recogido por el poeta arequipeño Alberto Hidalgo en su libro *Hombres y bestias*, publicado en Arequipa en 1918. En él, Hidalgo menciona que «hay cuatro poetas que van a la vanguardia de la última generación. César A. Vallejo, Alcides Spelucín, Alberto Guillén y Ramón Rivero Falconí» y añade que «no conoce mayormente la labor de Vallejo, pero lo poco que de él ha leído, lo obliga a citarle en primera línea. Es este un poeta —subraya Hidalgo— a quien le tiene obsesionado un furioso afán de originalidad, que, una vez equilibrado, le hará producir los frutos que de su recia alma lírica es de esperarse».

Es indudable que Valdelomar quedó impresionado por la calidad poética de Vallejo, como queda demostrado en su artículo «La génesis de un gran poeta. César A. Vallejo, el poeta de la ternura», publicado el 2 de marzo de 1918, en la revista *Sudamérica*. En dicho texto, Valdelomar enmarca el camino que seguirá la obra de Vallejo, con estas palabras proféticas:

eres un gran artista, un hombre sincero y bueno, un niño lleno de dolor, de tristeza, de inquietud, de sombra y de esperanza. Tú podrás sufrir todos los dolores del mundo, herirán tus carnes los caninos de la envidia, te asaltarán los dardos de la incomprensión; verás, quizás, desvanecerse tus sueños, podrán los hombres no creer en ti; serán capaces de no arrodillarse a tu paso de esclavos; pero sin embargo tu espíritu, donde anida la chispa de Dios, será inmortal, fecundará otras almas y vivirá radiante en la gloria por los siglos. Amén.

Por otro lado, Vallejo se entrevista además con otros prestigiosos creadores de la época, como Manuel González Prada y el poeta José María Eguren.

LOS HERALDOS NEGROS

A principios de 1918, el poeta tenía armado su primer libro de poemas bajo el título *Los heraldos negros* y decide imprimirlo en la imprenta de Souza y Ferreira. Esperando solamente el prólogo que le había ofrecido Valdelomar, como consta en una entrevista que le hicieran al Conde

de Lemos el 10 de mayo del mismo año en Trujillo en la que, a la pregunta del entrevistador sobre si «¿Conoce Ud. a algunos artistas trujillanos?», Valdelomar respondió: «He conocido a algunos. En Lima conocí al poeta César A. Vallejo, y hasta escribí algunas palabras en su elogio. Vallejo es un poeta en la más noble acepción de la palabra. Pienso ocuparme de su obra, en detalle, cuando escriba el prólogo que me pidió para su hermoso y raro libro de versos *Los heraldos negros*».

El Tiempo publica a finales de marzo una nota anunciando la salida de *Los heraldos negros* y, en la revista *La Semana* de Trujillo, correspondiente al 13 de abril de 1918, Antenor Orrego pone en conocimiento de la colectividad trujillana la próxima publicación del libro de Vallejo, y al mismo tiempo señala que

El caso de César Vallejo es un caso único en nuestra literatura nacional, por más que se empeñe en negarle la bizca incompreensión de unos cuantos buenos señores que no tienen nada que ver con la literatura, ni con el arte. Su poesía desligada de toda influencia extraña tiene un viril sello personal, que es suyo, enteramente suyo, hasta cuando es más oscuro y estafalario. Ningún poeta en el Perú, así en la pasada como en la nueva generación, ha traído tanta riqueza musical. Posee el más alto y raro don del poeta, que es el de poner, casi inconscientemente, melodía al pensamiento. Y no la melodía al uso, la estereotipada en un patrón consagrado, sino ritmos jamás escuchados. Cada palabra en los versos de este admirable poeta, canta de por sí, y es alada, vaga, sugeridora, como una nota musical. Sus estrofas no necesitan de la rima, y quien no tenga oído, ni sensibilidad, que no las lea. Algunas de ellas no tienen sino un valor sinfónico (2018: 51-52).

José Carlos Mariátegui, por su parte, invita a Vallejo a publicar sus poemas en la revista *Nuestra Época*, publicación que dirigía el Amauta, y que será después censurada y cerrada por su posición contestataria. Allí, Vallejo publica tres poemas («La de a mil», «Aldeana» y «Heces») el 6 de julio de 1918. Estos textos, con algunas variantes, formarán parte de *Los heraldos negros*.

En cuanto al prólogo prometido por Valdelomar, nunca llegó a la imprenta; por ello, después de un año de espera, Vallejo decide publicar el libro sin dicho texto.

Es interesante observar la expectativa que se había suscitado en torno a la aparición de *Los heraldos negros*. El 23 de julio de 1919 se publica en *El Comercio* la reproducción del artículo de Antenor Orrego, aparecido un año antes en la revista *La Semana*. Al día siguiente en *La Prensa* hay una pequeña nota que dice: «Desde ayer se encuentra en circulación el nuevo libro de versos de César A. Vallejo, cuya aparición fue anunciada oportunamente por los diarios», y junto a la misma aparecen las opiniones que se han emitido sobre el libro y sobre la fuerte personalidad literaria del autor por parte de Abraham Valdelomar, José María Eguren y Manuel González Prada. Este último señala: «¿Y por qué esa idea perenne de la muerte? Sus versos me gustan muchísimo; son extraños, originales».

El 27 de julio la revista *Sudamericana* nos señala que: «Para formular un juicio sobre la poesía de Vallejo, esperamos leer su obra, en la que, a la ligera, notamos bellas páginas que ya, anteriormente, le han valido al autor conceptos muy elogiosos de intelectuales de tan alto relieve como don Manuel González Prada por no citar sino uno».

El primer artículo crítico sobre el libro de Vallejo aparece en *La Crónica* el 28 de julio, bajo el título «*Los heraldos negros* por César Vallejo», del poeta Luis Góngora, quien firmaba con el seudónimo de «Aloysius». Sobre el libro comenta:

hay sensaciones de fuerza, de vigor y de realismo colorista junto a delicadas vibraciones sentimentales, encuadradas siempre dentro del mejor gusto artístico, que revelan en su conjunto lo que es el temperamento de Vallejo, como poeta. Su fantasía, los vuelos imaginarios, son originalísimos y algunos de ellos muy bellos. Hay composiciones cuya lectura, una vez terminada, produce placentera emoción de arte, innegable y real.

El 31 de julio, «Clovis» (seudónimo del prestigioso crítico Luis Varela y Orbegozo) escribe en *El Comercio*: «Pero si no comulgo, por mi

parte, en la teoría que, a través del tiempo y la distancia, profesa César Vallejo, tengo que reconocer sus aptitudes literarias, sus dotes poéticas, su vibrante, delicada emoción».

En Trujillo, Antenor Orrego publica el 6 de julio en *La Reforma* el artículo «La gestación de un gran poeta. A propósito de *Los heraldos negros* de César Vallejo». Se trata de fragmentos de un estudio que estaba preparando Orrego sobre el vate trujillano.

César Alzamora comenta el 24 de agosto en *El Tiempo*: «Es sensible que Vallejo haya publicado esto en Lima. Aquí no puede esperar ni el triunfo literario ni el económico. La estética de su simbolismo no puede ser apreciada por el vulgo y los que se han dedicado al estudio de la literatura y de la poética, parece que se sienten cobardes para ungirlo con el óleo de la consagración», y Gastón Roger señala en *La Prensa* el 1 de septiembre:

cuando la zampoña de Vallejo canta la aldea con música cristalina (la triste voz de un indio dondonea como un viejo esquillón de camposanto); y cuando mira su pasado triste, bonancible, caricioso y manso y se refugia dentro de sí mismo, y evoca al hermano muerto con ingenuas palabras empapadas en lágrimas, el espíritu del lector, inundado de sentimiento y de sencillez, recoge todas las palpitaciones del poeta.

El diario *La Razón*, de José Carlos Mariátegui, presenta tres poemas del libro *Los heraldos negros*.

Como vemos, todos los diarios limeños de la época sin excepción comentaron la aparición del primer libro de César Vallejo. Hay más de una docena de textos, entre artículos y notas. Ningún libro de la época tuvo tanta cobertura periodística como *Los heraldos negros*.

TRILCE

Vallejo decide regresar a Trujillo el 27 de abril de 1920; luego se trasladará a Santiago de Chuco, su tierra natal. Ya no estará la madre esperándolo en la puerta. El poeta llega para las fiestas del apóstol

Santiago, que se celebran a finales de julio. Allí ocurrirán una serie de actos vandálicos que terminarán comprometiendo al poeta, quien es enviado por ciento doce días a la cárcel. Un buen número de poemas de *Trilce* y algunos relatos de *Escalas* son de esta época. Finalmente, sale libre gracias a la solidaridad de la joven intelectualidad peruana que protesta a nivel nacional por su injusta reclusión, y regresa a Lima a finales del mes de marzo de 1921.

La revista *Bohemia*, que dirigía Ángela Ramos, insertó en su primer y único número aparecido el 15 de junio de 1921, la primera versión del poema «II» de *Trilce* con un comentario de la propia escritora en el que señala:

Vallejo —que en 1918 publicara su hermoso libro de versos *Los heraldos negros*— es muy hondo y muy artista. Así, cuando nos habla de los golpes de la vida, de los heraldos negros que nos manda la muerte, de todo lo que atormenta y atenace a las almas grandes, evoca momentos y sugiere presentimientos; describiendo, sabe pintar como pocos con los colores vívidos y audaces, con los tonos más delicados, en tal forma que diríase que aprisiona en su retina y plasma en su alma el alma del paisaje.

Posteriormente, Juan José Lora publica el 20 de junio de 1921, en el diario *La Crónica*, el artículo «El dadaísmo. Sus representantes en el Perú», en el cual, después de esbozar brevemente la trayectoria poética de Vallejo, lo considera el iniciador en América de esta corriente literaria fundada por Tristán Tzara. Al final presenta, como un solo poema, tres textos que con variantes formarán parte de *Trilce*. Estos son los poemas «XII», «XXXII» y «XLIV».

En el mes de noviembre, los integrantes de la *Bohemia* de Trujillo deciden editar una tercera revista —las dos anteriores fueron *Iris* (1914) y *La Semana* (1918)— bajo el nombre de *Perú*, dirigida por José Eulogio Garrido. En esta revista Vallejo publicó algunos poemas y relatos de *Trilce* y *Escalas*; lamentablemente se conocen solo ocho ejemplares de esta publicación, no obstante que la misma llegó a superar los veinte números.

A mediados del mes de diciembre de 1921, el poeta envía el cuento «Los Caynas» —que posteriormente formará parte de *Escalas*— al concurso organizado por la sociedad Entre Nous (Fernández y Gianuzzi 2009: 48). El texto resulta premiado y con el dinero del premio Vallejo publica su segundo libro de poemas, *Trilce*, que aparece a principios del mes de octubre de 1922 con un excelente prólogo de Antenor Orrego.

El ambiente literario al momento de la publicación del libro no es de lo más favorable para Vallejo, debido a que se vivía en ese instante una enfervorizada adulación al poeta José Santos Chocano. Justamente en esos meses se produce la coronación del poeta de *Alma América* y todos los medios le otorgan una amplia cobertura al suceso. Por ello, *Trilce* pasó casi inadvertido, recibió solo tres comentarios. El primero, de Luis Alberto Sánchez, en la revista *Mundial*, el 3 de noviembre, quien se siente desconcertado al preguntarse «¿Por qué ha escrito *Trilce*, Vallejo?». Y termina diciendo que por el libro «se combatirá mucho. Es de los que deben resignarse a soportar ataques y burlas. Cuando llegue la hora de la prueba, de todo corazón estaré con él». El segundo, de Clemente Palma, en la revista *Variedades*, el 18 de noviembre, en donde —de manera sarcástica— señala que: «No estará de más que se presente en esta oficina el poeta Vallejo para que dé las razones de endiablado titulito, sin perjuicio de que, una vez dadas las explicaciones, comparezca de nuevo para dar cuenta de los versos contenidos, si resulta que ellos son atentatorios contra los intereses que tenemos que resguardar». Y, por último, Carlos González Posada escribe el 12 de noviembre en *El Tiempo*: «Vallejo ha escrito uno de aquellos libros frente al cual la crítica fracasa; su espíritu se niega a la forma; su arte se niega al análisis, desconcierta, sugestiona» y subraya: «Verdad es que serán solo espíritus muy cristalinos, muy intensos y muy fraternos los que puedan llegar a sus emotividades integrales y soberanamente tiernas».

Después de la aparición de estos comentarios, Vallejo le escribe a Orrego para decirle lo siguiente: «Las palabras magníficas de tu prólogo han sido las únicas palabras comprensivas, penetrantes y generosas que han acuñado a *Trilce*. Con ellas basta y sobra por su calidad», y agrega:

Por lo demás, el libro ha caído en el mayor vacío. Me siento colmado de ridículo, sumergido a fondo en ese carcajeo burlesco de la estupidez circundante, como un niño que se llevara torpemente la cuchara por las narices. Soy responsable de él. Asumo toda la responsabilidad de su estética. Hoy, y más que nunca quizás, siento gravitar sobre mí, una hasta ahora desconocida obligación sacratísima, de hombre y de artista: ¡La de ser libre! Si no he de ser libre hoy, no lo seré jamás (Vallejo citado en Orrego 2018: 164).

En el verano de 1923 se libra en Chiclayo la primera polémica que, a nivel nacional, suscita *Trilce*. De un lado, en la defensa, en la apología entusiasta, se encuentran José León Barandarián, Rómulo Paredes, Óscar Imaña y Juan José Lora, quienes publican sus artículos en *El País* de Chiclayo. De otro lado, en la oposición intolerante están Ricardo Miranda, Arístides Pita y Carlos de la Jara, desde las columnas de *El Tiempo*, de la misma ciudad. Entre ambos bandos se intercambian textos con muy poco nivel crítico, sobresaliendo solamente los de Barandarián, Imaña y Lora.

A finales de marzo de 1923 se publica *Escalas* y recibe un pequeño comentario elogioso en la sección libros de la semana de la revista *Varietades*, el 31 de marzo, en donde se señala que la

nueva obra del autor de *Trilce*, señor César A. Vallejo, poeta y cuentista de indudable originalidad, está llamada a causar alboroto por las audacias de estilo y concepción que encierra y en las que cifra su ideal estético el forjador de *Los heraldos negros*, que en su odio al lugar común, a la idea manoseada, al pensamiento manido, tortura la frase y va en caza de vocablos nuevos para reflejar sus impresiones, para volcar su mundo interior.

Posteriormente, en la revista *Claridad*, que dirige Víctor Raúl Haya de la Torre, se publica, la primera quincena de mayo de 1923, el texto «Muro Noroeste», de *Escalas*, con la siguiente presentación:

Contra todos los cánones de la ortodoxia literaria, rompiendo con la inmóvil actitud posternada de nuestros profesionales del Arte, César

Vallejo crea ya una obra de maravillosa originalidad, toda henchida de valores eternos. Para el transitorio predominio de gustos y escuelas y reglas de métrica, su elevada y magnífica revolución estética resulta incomprensible y odiosa. Pertenece toda ella al futuro. De *Escalas*, el último libro del poeta, ha deshojado él uno de sus más admirables poemas. Fue escrito en la cárcel de Trujillo, entre los muros de la celda a donde le arrojó la justicia de jueces y trotapleitos, y de donde le sacó la otra, la verdadera y la eterna que a las veces nos anuncia los días cercanos de su imperio.

El propio Víctor Raúl Haya de la Torre elaboró este texto.

El 16 de mayo del mismo año, Vallejo publica una novela corta, *Fabla salvaje*, en la colección *Novela Peruana*, con una nota introductoria de Pedro Barrantes Castro en donde señala que «leyendo *Fabla salvaje* se siente el hormigueo dramático que Vallejo trata de producir con su obra y que muy bien se aviene con esa fatalidad de un sentido tan brumoso y triste que el indio y el mestizo creen imprime dirección a la vida». El libro también es comentado el 23 de mayo en el diario *El Tiempo* que nos dice que «Con un tema de bella simplicidad ha compuesto César Vallejo una obra en la que palpita el ansia adolorida de una raza adolorida y siempre explotada» y el 26 de mayo la revista *Variedades* nos indica que «cierto hálito de misterio vive en todas sus páginas y es a la manera de poderoso aliciente para que el lector encuentre la doble seducción de la belleza, pero de la belleza idealizada: una novela hermosa y valiente, tal es *Fabla Salvaje*». Este libro fue el último publicado por Vallejo en el Perú, pues el poeta emprendió viaje a Francia un 23 de junio de 1923.

Como hemos podido apreciar, la poesía de César Vallejo, durante el tiempo en que este vivió en el Perú, nunca pasó desapercibida, sino que, más bien, tuvo una notable presencia por parte de lo más selecto de la crítica literaria de su tiempo. Escribieron sobre la obra de nuestro mayor poeta escritores de la talla de Manuel González Prada, José María Eguren, Abraham Valdelomar, Antenor Orrego, Víctor Raúl Haya de la Torre, Luis Alberto Sánchez, Clemente Palma, Alberto Hidalgo y otros, los cuales han pasado a la posteridad como los más representativos de

nuestra literatura nacional. Todos ellos elogiaron la producción poética inicial de Vallejo y todos coincidieron, al mismo tiempo, en que el poeta iba a llegar muy lejos, como realmente sucedió.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ESPEJO ASTURRIZAGA, Juan (1965). *César Vallejo: itinerario del hombre (1892-1923)*. Lima: Librería Editorial Juan Mejía Baca.

FERNÁNDEZ, Carlos y Valentino GIANUZZI (2009). *Textos rescatados*. Lima: Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma.

HIDALGO, Alberto (1918). *Hombres y bestias*. Arequipa: Tip. Artística.

IZQUIERDO RÍOS, Francisco (1972). *César Vallejo y su tierra*. Lima: Talleres Gráficos P. L. Villanueva.

KISHIMOTO YOSHIMURA, Jorge Luis (1993). «Vallejo y la Bohemia de Trujillo». En GONZÁLEZ VIGIL, Ricardo (ed.). *Intensidad y altura de César Vallejo*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

ORREGO, Antenor (2018). *El sentido americano y universal de la poesía de César Vallejo*. Edición, prólogo y notas de Ricardo Silva-Santisteban. Lima: Editorial Cátedra Vallejo/Alastor Editores.

SPELUCÍN, Alcides (1989). *Contribución al conocimiento de César Vallejo*. Trujillo: Ediciones SEA.